

¿De qué manera la liturgia da forma a nuestra vida?

Kristopher W. Seaman

Siendo el fanático de la ciencia ficción que soy, finalmente tuve la oportunidad de ver la película de éxito taquillero *Avatar*. El personaje principal, Jake Sully, quien no puede usar sus piernas, entra en una computadora que le permite conectarse con un avatar. Para los nativos del planeta Pandora, el avatar era muy semejante a los pueblos indígenas de los Na'vi. Por lo tanto, Jake Sully tiene que aprender la cultura de los Na'vi. El aprender su idioma, su cultura y sus costumbres le lleva tres asombrosos meses. A muchos de nosotros nos hubiera tomado mucho más tiempo que eso. En sus intentos de colonizar Pandora, algunos humanos se alían con los Na'vi. En el transcurso de la película, Jake se abre a la posibilidad de aprender la cultura Na'vi experiencia que le mueve el corazón hasta llegar a una empatía profunda por la situación que viven los Na'vi.

La liturgia no es ciencia ficción. Aun así, al compararla, en la acción litúrgica, es decir, en nuestra participación en ella, nuestro corazón se abre a la inspiración del Espíritu Santo a lo largo de todo el evento litúrgico. De hecho, durante la Liturgia de la Palabra, se proclama la Sagrada Escritura. La Constitución sobre la Sagrada Liturgia es muy clara al afirmar que estas palabras de la Escritura se convierten en Cristo en nuestras asambleas litúrgicas. “Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura es él quien habla” (7). Es Cristo hablándonos a nosotros, invitándose a convertirnos en mejores discípulos.

Nuestra vida no sólo se forma mediante la proclamación de la Escritura; este proceso también se da mediante otros textos y rituales que celebramos durante la liturgia: las oraciones generales, la oración colecta, la plegaria eucarística, la música, el espacio, la ambientación, el pan y el vino que se convertirán en el cuerpo y la sangre de Cristo, el óleo bendecido o consagrado, el agua bautismal, y así sucesivamente. Las palabras, la música, el espacio y los rituales no sólo nos educan o informan; creemos que por medio de ellos Cristo actúa y se hace presente en la celebración litúrgica y en los sacramentos. La liturgia no sólo forma nuestra mente, también nuestro corazón y nuestros pies mismos a fin de que vivamos lo que oramos en la liturgia.

Un ejemplo de esto es la Plegaria Eucarística. En la traducción actual de la Plegaria Eucarística II, le pedimos—en dos ocasiones—al Espíritu Santo, que transforme algo o alguien.



Santo eres en verdad, Señor,
fuente de toda santidad;
por eso te pedimos que
santifiques estos dones
con la efusión de tu Espíritu,
de manera que sean para nosotros
cuerpo y sangre de Jesucristo,
nuestro Señor.
Te pedimos humildemente
que el Espíritu Santo congregue
en la unidad

a cuantos participamos del cuerpo y sangre de Cristo.
(Misal Romano, páginas 380–382)

Por lo tanto, el Espíritu Santo cambia el pan y el vino y a quienes participan en comunión. La Plegaria Eucarística proclama que el Señor es santo y “fuente de toda santidad”; sin duda, una maravillosa imagen del amor generoso de Dios, de su grandeza y de su verdad. Dios derrama su santidad libremente sobre nosotros. En la liturgia, esta santidad se ofrece a quienes participan a fin de que crezcan en la santidad a la que nos llama el Dios Trino y Uno. Si nosotros también hemos de santificarnos en la fe, entonces, también debemos ser fuentes que compartan la compasión, la bondad y la verdad en la vida diaria. Parafraseando a san Agustín, podríamos decir: “Nos convertimos en lo que oramos”.

En la película *Avatar*, Jake Sully experimenta un cambio profundo. La fe en el Dios de Jesucristo, a quien damos culto, nos llama a cambiar nuestro corazón. En la Liturgia, el Dios Trino y Uno nos llama a la santidad, fortaleciéndonos en la fe; nos llama y nos envía, esperando que así sea verdaderamente, cambiados, a fin de que verdaderamente crezcamos en unidad, en comunión, entre nosotros mismos y sobre todo, con Dios. Esta verdad se proclama de forma muy elocuente en el primer escrutinio de los elegidos durante el Tercer Domingo de Cuaresma (ver RICA, 154). El Dios Trino y Uno nos invita a que nuestra vida se forme en y mediante la liturgia. Los textos, los símbolos, la música, el espacio, la ambientación y los gestos comunican elocuentemente la llamada de Dios a que seamos lo que él quiere que seamos: su pueblo santo.

KRISTOPHER W. SEAMAN, MA, MAT, es el Director Asociado de la Oficina para el Culto Divino de la diócesis de Gary, Indiana.